

remitirse al misterio de la Encarnación del Verbo», cuyo Cuerpo —la Iglesia— es la casa común de la humanidad (p. 125). Dicha Iglesia se siente urgida por Jesús «a realizar el *ya* de un encuentro con Cristo y con su Iglesia en esta tierra por parte de todos los pueblos y culturas» (p. 128).

José M. Odero

Rino FISICHELLA, *Quando la fede pensa*, Edizioni Piemme, Casale Monferrato 1997, 310 pp., 13 x 21, ISBN 88-384-2950-2.

Se recogen en este volumen 16 artículos del Autor sobre temas varios, aunque todos ellos están enfocados desde la mente teológica y filosófica del Prof. Rino Fisichella, que enseña Teología Fundamental en la Pontificia Universidad Gregoriana de Roma.

De hecho el primer grupo de ensayos está dedicado a diversos aspectos de la naturaleza de la teología —tema que se toca también al final del libro—. Tras estos «Fundamentos», vienen otros escritos sobre temas teológicos diversos («El contexto»): secularismo, la Iglesia, María como imagen de la Iglesia, etc. Por último en «El escenario» se tratan temas como los signos de los tiempos, el sentido de autoridad eclesial, las revelaciones privadas y el diálogo entre filósofos y teólogos.

Fisichella subraya la necesidad eclesial de trabajar continuamente en el esclarecimiento de la credibilidad de la revelación cristiana, condición para que la teología sea respetada en el mundo de la cultura (p. 30).

Define la teología como «saber crítico acerca de la fe» (p. 34); hay que leer

el contexto para constatar que —como es usual en el ámbito teológico italiano, que sigue en esto al germánico— el adjetivo «crítico» es sinónimo de «científico»: riguroso, metódico, sistemático (p. 43).

Uno de estos ensayos versa sobre la teología de las religiones. Acertadamente denuncia la postura de quienes hablan de *teología* sin asumir el compromiso de contemplar el problema de las religiones desde la revelación cristiana; en realidad usan el término *teología* de modo ambiguo, equiparándolo a un mero «saber religioso» (pp. 51 s.). La revelación —concluye— asume ciertamente *forma* humana en Cristo, y así se liga en parte a una cierta cultura; pero «precisamente esta *forma* [de Cristo] hecha carne condensa en ella misma los rasgos de la universalidad, nada más y nada menos» (p. 60). Fisichella aplica sin duda a Cristo (aunque implícitamente) la categoría de *universal-concreto*, tan característica de su maestro Balthasar. La consecuencia de este principio es que «una teología de las religiones nunca podrá pensar que Cristo o la Iglesia son un obstáculo al diálogo interreligioso», pues la Iglesia participa igualmente de la universalidad de su Señor (pp. 60 s.).

Especialmente interesante entre los ensayos de la III Parte es el dedicado a determinar históricamente el sentido de la expresión *signos de los tiempos*, que Juan XXIII utilizaba en cuanto «señales que infunden esperanza acerca de los destinos de la Iglesia y de la humanidad» (p. 175). El Vaticano II la emplearía para señalar un criterio de discernimiento que Dios ofrece a su Iglesia para orientar su camino entre los hombres. En este contexto, nos permitimos discrepar de la propiedad del uso del término «anti-signos» que el Prof. Fisichella acepta y

define (p. 182); en efecto, para construir esa definición el Autor tiene que ampararse en otro contexto epistemológico distinto del contemplado por el Concilio.

El cap. 14 se titula «La autoridad limitada o la imposibilidad de la desobediencia» y trata de las campañas en favor de la admisión de mujeres al sacramento del Orden. La argumentación del Autor es muy lúcida; incluso detalla cómo en el puro plano lingüístico es descabellado tratar de retorcer las palabras evangélicas para conjugarlas con el deseo de determinados grupos de presión.

Respecto a las relaciones con los filósofos, de una forma realista observa que éstos se sienten más inclinados a un trabajo intelectual analítico, mientras que los teólogos se inclinan a otro de tipo más bien sintético (pp. 278 s.). Criticando la paradoja planteada por Rahner acerca del supuesto *insalvable pluralismo de las filosofías contemporáneas*, Fisichella ve la necesidad de que los teólogos compongan hoy en día una síntesis creativa de la Biblia con el mundo de la cultura filosófica.

En fin, cabe resaltar el buen sentido teológico —sapiencial— del Autor para interesarse por temas no especializados, afrontándolos con agudeza y buen sentido.

José M. Otero

**Nigel FORDE**, *The Lantern and the Looking Glass: Literature and Christian Belief*, SCPK, London 1997, 180 pp., 14 x 21,5, ISBN 0-281-04906-8.

El Autor declara que su obra es el ensayo de alguien que no se dedica pro-

fesionalmente a la investigación en literatura. El valor de este ensayo reside en el amor a los libros de Forde, desarrollado en una amplia cultura literaria que ha ido acompañada de la reflexión sobre el valor de la literatura.

Como buen conocedor de Chesterton y de C.S. Lewis, no es extraño que se haya despertado en su ánimo un especial interés por las relaciones entre literatura y fe cristiana, las cuales constituyen el tema de este libro.

Ya en el Prólogo se declara un principio importante: la literatura como tal —al igual que la ingeniería o las artes decorativas— no son objeto de fe cristiana. La Revelación salvífica no proporciona, en efecto, una «visión cristiana de la literatura» (p. x). Pero, en cuanto la literatura es un quehacer humano —una forma de poiésis, que por definición comporta una cierta praxis— y, sobre todo, en cuanto versa sobre modos de praxis (buenos o malos moralmente), las obras de arte literario se relacionan con principios morales que sí están contenidos en la revelación divina. En este sentido, el Autor se propone examinar el vínculo escritura/sentido, con objeto de determinar «cómo podemos juzgar una obra literaria con imparcialidad, incluso en el caso de que se oponga a nuestras creencias»; aunque la cuestión que más le interesa estudiar es cómo se justifica moralmente «perder el tiempo» leyendo literatura de ficción (*ibidem*).

La respuesta a esta última cuestión se basa últimamente en la decisión divina de hablar a los hombres, dejando constancia *escrita* de su autorrevelación. Desde ese momento histórico, en la mejor literatura cabe percibir «un eco dorado» del Verbo divino (Cap. 2). La buena literatura de ficción no sólo tiene un valor cognoscitivo, sino que a me-